



Erich Rosenrauch: "La Casa Contigua"

(Edit. Pehuén, Sigo, 1986, 2ª Edic., 137 págs.)

CURIOSO es el caso de Erich Rosenrauch, escritor chileno de origen austriaco (1931-1978), fallecido en Londres hace ocho años. Habiendo arribado a la ciudad de Concepción a raíz de la Segunda Guerra Mundial, hijo del español su segunda lengua con la misma facilidad con que ingresó a la literatura, dejando a un lado su primera profesión, la de químico farmacéutico. En estricta justicia habría que decir, empero, que aplicó al idioma de Cervantes una inventiva extraña aunque no por eso menos poderosa, logrando expresarse en ella con envidiable elegancia y extraordinaria riqueza verbal, de la que es una muestra acabada la novela que hoy nos ocupa.

Publicada originalmente en 1988, la casa contigua recibió en su época los elogios de la crítica más exigente, aun cuando no se trataba de un libro que pudiera ser, como se dice, devorado por la masa.

Veinte años después, Pehuén edita nuevamente esta obra en forma póstuma... ¿Con qué ojos se aproxima a ella el lector contemporáneo?

Desde luego, sigue siendo evidente en su forma el influjo de Proust, lo cual no es de extrañar tratándose de un clásico como lo es, a estas alturas, el escritor francés. Sin embargo, y según suele ocurrir, las resonancias del estilo proustiano no hacen sino enriquecer un texto que, tanto por su tema como por su lenguaje, no ha perdido originalidad ni vigencia, a pesar de haber corrido ya tanta agua bajo el frágil puente de la actividad literaria. Es lo que ocurre cuando la belleza se hace presente desde la primera hasta la última línea, tal como sucede en el lenio, aunque arrobador, recorrido por las páginas de esta novela.

Con una estructura muy simple y dotada de una precisión matemática, la obra aparece dividida en dos partes complementarias que engloban a la perfección la totalidad del relato, constituyendo, en definitiva, un universo redondeado donde ningún cabo queda suelto al por el "revers" ni por el "derecho".

La primera tiene como protagonista a Francisco, un joven novicio, cuya paz es perturbada por la presencia irrefutable de "la casa contigua", contrapunto perennino de la sacralidad del monasterio. Separados —o, más bien, unidos— por misteriosos lazos de fragancias, sonidos y colores que se pasean de un lado a otro en el jardín, templo y burdel hallan su punto de encuentro en el rosal que florece pujante, en virtud de los efluvios etéreos de la pureza y el vicio. Sumido, por su edad, en el vértigo arrollador de una sensorialidad vital y una imaginación que, a falta de actos, destilada en el morbo, Francisco recibe los ecos de un

mundo ignoto donde la apariencia vale más que el ser —en el sentido platónico— y donde las realidades se someten a un peligroso pero fascinante juego imaginativo, dada la imposibilidad moral del conocimiento inmediato y directo. La celda del monje se conforma a sí misma, en cuanto espacio físico, como núcleo y eje del universo del protagonista, irguiéndose como símbolo de la fe en sus dimensiones rígidas, simétricas, mas no impermeables a los embates de esa vida susurrante y perfumada que palpita, toda ecos, rumores y risas, en la casa vecina.

La segunda parte, entretanto, algo más breve en extensión que la anterior, centra el acontecer narrativo en Ana, una de las asiladas del antiguo y prestigiado prostíbulo. También ella se siente perturbada en su oficio por la visión continua e indelible del monasterio, cuyas torres vigilan las piruetas amoratorias de los clientes en su cuarto. Buscando escapar de la pavorosa soledad a que la condena su profesión —e intentando matizar, tanto la sordidez de sus días como la impasible huella del tiempo que adhiere en su rostro ajado y trajojado—, la muchacha deja, a su vez, volar libremente la imaginación. Pero si Francisco no intenta por esta misma vía otra cosa que aprehender las vicisitudes de un cuerpo que se le escapa en su hondo misterio, Ana pretende, justamente, lo contrario, vale decir, acudir al rescate nunca turbado de esa alma suya que agoniza en cada abrazo. De la misma manera, mientras Francisco espera con ansiedad indecible el advenimiento de una noche que todo lo deforma con sus juegos ilusionistas de luces y sombras —la estatua de la Virgen, el Cristo crucificado y su propia condición menstrual—, Ana no anhela sino el pronto arribo de la mañana liberadora que, si bien le recalca su condición mísera de mujer caída, al mismo tiempo le permite evadirse hacia los interiores desconocidos del convento. Inbuida en los ardores de una sexualidad ultrajada pero irremediablemente "real", la vaga religiosidad de su espíritu busca con patético afán esa paz que proyecta el recinto sagrado; Francisco, en cambio, abandonando los arrebatos místicos a que tiende su alma, comienza al atardecer todo un recorrido por los corredores del lupanar, que él imagina bullicientes de vitalidad y colorido. El, desde su celda; ella, desde su cuarto: ambos recintos simbólicos muy concretamente el espacio ocupado por el reversible binomio pureza-pecado, pecado-pureza, en lo que es un intento de unificar la vieja dicotomía occidental entre carne y espíritu.

No es ésta, sin embargo, la única interpretación que salta del relato, tanto más preciso cuanto más simbólico, tanto más exacto cuanto más ambiguo. Dentro de la misma línea de significación antitética están, igualmente, los dos espacios "inventados" que son el salón amarillo del burdel y la sala azul

del convento. Con aquél sueña Francisco, trayendo a colación un sinnúmero de evocaciones de la infancia (como el sofá amarillo, núcleo de la autoridad paterna violada y testigo de sus primeras experiencias sexuales), mientras Ana sueña con éste, aparecido ante sus ojos también como un lugar "prohibido": uno y otro se transforman, en virtud de una delirante fantasía, en magníficos frutos de perdición —y de salvación— para los respectivos protagonistas.

Infierno y Paraíso. ¿Cómo no iba a estar también la tentación y, muy nitidamente delineada, la inevitable figura del tentador?

Representado aquí por el lechero, el personaje resulta clave para comprender cabalmente el sentido último de la novela y, por cierto, de la acción narrativa, a cargo del tradicional narrador omnisciente. El lechero, con su voz meliflua y su roñoso aspecto, parece tener en ambos recintos el privilegio (satánico) de la ubicuidad. Camuflado por la inocencia prístina del albu e inocuo líquido que el reparte aquí y allá, se insinúa hasta en los más recónditos lugares del convento, lamentándose hipocritamente de hacerlo con su voz "familiar" y falsamente humilde. Frente a él, ambos expresionistas —Francisco y Ana— una sensación muy rara. El primero, porque su presencia lo retrotrae "hacia un gran terror original", "hacia un miedo primario y denso", provocando en el novicio una ancestral repulsión. Ana, por su parte, odia a este viejo libidinoso y harapiento que, envuelto en sus harapos, le recuerda los olvidados años de una infancia misérrima; de alguna manera, no obstante, ella supera sus miradas y ademanes lascivos en pro del ineluctable interés que le provocan las "noticias" del convento. Idéntico papel cumple este hombre con respecto a Francisco, en quien se encarga de despertar una curiosidad morbosa por conocer "el salón amarillo" del prostíbulo, tentado a la otra con la pronta revelación del misterioso "salón azul" del monasterio. Corriendo de un lado para otro con la falsedad pintada en sus ropas y en su rostro, este Satanás zaparrastoso intenta lograr, como sea, su objetivo.

Explicar una a una la simbólica significación de cada elemento que configura el universo de Rosenrauch sería, ciertamente, una tarea ardua para realizar aquí. Lo que sí no puede callarse en esta novela insólita es la belleza de una prosa impregnada de fuertes resonancias musicales, donde tanto la densidad conceptual —y sensorial— resuena, sin mayor esfuerzo, algunas de las grandes obras de la literatura alemana, particularmente las de Thomas Mann. Con una frase larga que se pone al servicio de ese ritmo oprimente que detenta muy bien la separación maniquea entre bien y mal, el lenguaje alusivo, fino y rico destaca la perma-

Erich Rosenrauch V.
LA CASA CONTIGUA



nenia de un tiempo detenido, como aprisionado entre los estrechos muros que encierran, a su vez, a los dos protagonistas. Una adjetivación barroca aunque voluntariamente desvaída describe a la perfección los estados anímicos de quienes esperan —a destiempo— la llegada del día o el advenimiento de la noche. Naves abiertas para la aventura y el delirio; existe, además, en ellas un cronismo puro que no puede dejar de asimilar a la observación lumínica de la pintura impresionista, en especial a la de Cézanne.

Escasas personas, en verdad, conocen la interesantísima y variada obra del malogrado Rosenrauch, que comenzó a publicar a los 25 años (*Tres dramas*, 1956) y dejó, a los 47, una novela inconclusa por causa de su muerte (*El señor alcalde*, 1978). Otras novelas sayas fueron, por nombrar algunas, *Noche sin gloria* (1962), *Muertos sin ley* (1977) o *La barra* (1978), todas igualmente ignoradas, incluso por el grupo de sus colegas. Quizás las razones de tal desconocimiento puedan encontrarse, primeramente, en los recovecos de una personalidad retrada que, cosa rara, se mantuvo al margen de toda forma de publicidad: bastante alejado vivió el autor de todos aquellos "escritores-estrellas" que, según el checo Kundera, se han apropiado hoy de la literatura.

Convertido, pues, en escritor de minorías, Rosenrauch asumió consistentemente su vocación de artista, ensimismado en la soledad, el recogimiento interior y el silencio propiciados por Rilke en sus *Curtas* a un joven poeta. Como este último, también buscó Rosenrauch el sentido más profundo de la obra de arte, dejando resonar dentro de sí los ecos siempre fecundos de la infancia, así como la mágica "simplicidad" de un oficio sin cuya realización no concebiría, de ninguna manera, la existencia.

Ana María Larraín

"La casa contigua" [artículo] Ana María Larraín.

Libros y documentos

AUTORÍA

Larraín, Ana María

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"La casa contigua" [artículo] Ana María Larraín. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile